

Santiago 55

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE FRANCISCO NACENTE.

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

En publicacion.

## HISTORIA GENERAL DE INGLATERRA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

*por el eminente historiador inglés*

**DAVID HUME,**

*continuada hasta nuestros dias por*

SMOLLET Y OTROS CELEBRADOS AUTORES,

*vertida al español con presencia de la clásica traduccion de*

D. EUGENIO DE OCHOA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA

AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE FRANCIA Y OTRAS OBRAS HISTÓRICAS Y CIENTÍFICAS

*ilustrada con MAS DE CIENTO bellísimas láminas, grabadas en acero ó boj por los más reputados artistas de Europa.*

La HISTORIA DE INGLATERRA mas completa y reputada de todas ofrecemos hoy al público con ventajosas condiciones, puesto que toda la obra, incluidas las hermosas láminas que la adornarán, costará de 140 á 160 rs., dándose de regalo todas las entregas que pudiesen aumentar el valor aquí fijado.

Se reparte por entregas de ocho grandes páginas de abundante lectura, impresas con tipos nuevos y en papel satinado.

Mas de cien láminas grabadas en boj ó en acero adornarán la presente publicacion, considerándose cada una de las primeras como media entrega de pago, y cada lámina al acero perfectamente grabada é impresa equivaldrá á una entrega.

MEDIO REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA.

Se repartirán con puntualidad cuatro entregas cada semana.

## Entregas 66 y 67.

BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL LA «ENCICLOPEDIA ILUSTRADA»

AUSIAS MARCH, PLAZA DE JUNQUERAS. NUM. 7.

MADRID.

DON JUAN ULLED, CALLE DEL FOMENTO, NÚM. 36, CUARTO 3

# DE FRANCIA

## HISTORIA GENERAL

108

D. VICENTE GARCIA DE LA PUERTA

En publicación

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

por el Sr. D. VICENTE GARCIA DE LA PUERTA

DAVID HUMPHREYS

Traducción de D. VICENTE GARCIA DE LA PUERTA

EMBAJADOR Y CATEDRATICO DE HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

de la Real Academia de Ciencias y Letras de España

D. EUGENIO DE OCHOA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE LENGUAS

LA VICENTE GARCIA DE LA PUERTA

EDITOR DE LA HISTORIA GENERAL DE FRANCIA Y OTRAS OBRAS HISTORICAS Y GEOGRAFICAS

En la imprenta de D. VICENTE GARCIA DE LA PUERTA, calle de San Mateo, número 10, Madrid

La Historia de Francia es una obra de gran importancia y que ha merecido el honor de ser traducida al castellano. El Sr. D. Vicente Garcia de la Puerta, que ha sido el autor de esta obra, es un hombre de gran talento y de gran erudición. Su obra es una obra de gran valor y que merece ser conocida por todos los españoles. El Sr. D. Eugenio de Ochoa, que ha sido el traductor de esta obra, es un hombre de gran talento y de gran erudición. Su traducción es una traducción de gran valor y que merece ser conocida por todos los españoles.

MEDIO REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA

Se repartirá con puntualidad cada semana

# Entregas 10 y 11

BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL LA ENCICLOPEDIA ILLUSTRADA

MADRID

FOR JUAN GILLET, CALLE DEL FOMENTO, NUM. 30, CUARTO 2.

vamente á Francisco su inalterable neutralidad; pero habiendo los españoles detenido en el camino al mensajero del soberano pontífice, leyeron sus papeles, y se hubieron de convencer de la mala fe de Leon. El virey de Nápoles, Cardona, no quiso ir á unirse á los suizos en el Milanésado, de modo que estos montañeses hubieron de sostener solos todo el

habia puesto en lugar seguro el dinero de su amo; treinta y cinco mil suizos se dirigen á Milan; el uno de los Colonnas y Luis de Pitigliano tienen cuatrocientos caballos; el cardenal de Sion inflama á sus compatriotas diciéndoles que para vencer no tienen mas que atacar á los franceses. «Tomad, les dice, vuestras picas, tocad vuestras cajas, y marchemos



EL CONDESTABLE DE BORBON.

peso de la guerra. En el primer acceso de su furor robaron la caja del comisario pontificio, retirándose despues á Verceil. Discurrían acerca de la deplorable situacion en que se hallaban, cuando Juan de Diesbach y Alberto de la Piedra consiguieron hacerles nuevamente entrar en la alianza francesa mediante la suma de setecientos mil escudos; acudieron otros veinte mil suizos llevados de la esperanza del saqueo, y propusieron á sus compatriotas que se dirigiesen á Buffaloro, donde estaban los fondos con que el rey debia pagarles, é indujeron á cinco mil combatientes á volver con ellos á sus hogares. Ya el mariscal Lautrec

sin perder tiempo, para que saciemos en ellos nuestro odio y bebamos su sangre (1).»

Hasta aquí Saint Prosper con su narracion parcial en su calidad de francés.

Los tratados celebrados con algunas potencias pesaban en el alma de Francisco I, y especialmente uno firmado con dos soberanos de Italia, el cual no era más que una tregua de un año. Acabada esa no pensó en renovarla y se dispuso á pasar los Alpes, despues de haber dado la espada de condestable al Duque de Borbon, hombre impetuoso y capaz de grandes empresas, pero mal avenido con

(1) Fr. Guic., I. XII, p. 99.

su condicion de vasallo. Tambien nombró regenta del reino en su ausencia á su madre Luisa de Saboya á la cual no llegaba á disculpar de sus defectos el ciego cariño que sentia por su hijo. Reunióse por la parte del Lionés y del Delfinado un ejército formidable del cual formaban parte 18,000 infantes gascones y 20,000 lansquenets alemanes. Acompañaba al ejército francés un cuerpo de artillería en el cual se contaban 70 cañones de grueso calibre y 300 piezas más pequeñas.

Distinguíanse en aquel ejército el condestable de Borbon, los generales Palize, Lautrec, Aubigny y Trivulcio, los duques de Chatellerault, de Vendome, de Alenzon, Lorena, Güeldres y de Albany y el bravo Bayardo, de quien exageran algunos escritores franceses diciendo que «valia por un ejército». Los españoles hacian entonces la guerra á Venecia, y el duque de Milan amenazaba á Génova. Francisco I quiso hacerse el libertador, mayormente cuando el papa Leon X y el Duque de Milan que habian renovado su alianza tenian 20,000 suizos á sueldo, los cuales ocupaban el Montcenis y el Montginebra, únicos pasos por donde se creia que podian entrar en Piamonte los franceses. Mas estos pasaron por el valle de Barceloneta y del Estura no sin arrostrar grandes peligros. Menester fué echar puentes sobre abismos insondables, hacer saltar enormes peñas para abrir paso á la artillería. Tres dias emplearon en subir los Alpes, llegando á la tarde del dia tercero á la cresta de aquellos elevados montes: el dia cuarto pasaron por la Argentiera, bajando hasta el Estura, y el dia quinto (15 de agosto) penetraron en las llanuras del Saluces. Otro cuerpo de ejército en el cual iba la mayor parte de la caballería, pasó por otras gargantas, atravesó el monte Viso y sorprendió á la mesa en Villafranca el general de las tropas pontificias Próspero Colonna, que fué aprehendido con 700 hombres.

Sorprendidos los suizos de que las tropas francesas hubiesen de tal modo esquivado su encuentro, retrocedieron hácia Milan á fin de operar su reunion con el ejército español que

vigilaba á los venecianos. Los franceses siguieron hasta Marignan, y como quiera que el sueldo ofrecido á los suizos no se satisficiera, entraron estos en tratos con Francisco I, quien les ofreció 400,000 escudos prometidos por el tratado de Dijon y otros 300,000 para que evacuasen el territorio italiano, y una pension para el Duque de Milan Sforza, que se hallaba entre ellos.

Parecia que aquella guerra iba á terminarse sin combate, mas cuando mayor confianza tenia el ejército francés de no ser molestado en su expedicion, desembocaron de los Alpes otros 20,000 suizos. Y por otra parte el cardenal de Sion Mateo Schinner echó en cara á los otros 20,000 la traicion que habia cometido abandonando á la Santa Sede, á los cuales llevaba las cantidades estipuladas. Avergonzados, pues, de su proceder, volvieron á las órdenes de la Santa Sede.

El dia 13 de setiembre resonó por las calles de Milan el mugido del toro de Uri y de la vaca de Untervald, dos ejércitos suizos que habian salido victoriosos en Granson y en Morat. Salieron los suizos de la ciudad por una estrecha calzada entre dos ciénagas y avanzaron con sus picas de 18 piés hácia la artillería francesa, con ánimo de apoderarse de ella. Mas las tropas de Francisco I, cubiertas de acero de punta en blanco hicieron frente á los suizos trabándose un combate sangriento en que los helvetos á pesar de avanzar siempre sufrían enormes pérdidas causadas por la artillería enemiga. Tres veces se apoderaron de las primeras baterías los suizos, más aquella vez los franceses se mostraron dignos de combatir con aquellos gigantes. Terminó el dia, y la luz de la luna alumbró la batalla que no cesó hasta llegar la sombras de la noche.

Al amanecer del dia siguiente empezó de nuevo la pelea, mas entre nueve y diez los suizos oyeron detrás de ellos los gritos de ¡San Marco, San Marco! que proferia la vanguardia del ejército veneciano que corria á tomar parte en la contienda. Antes que verse envueltos entre dos ejércitos, se replegaron en buen orden cediendo la victoria á los france-

ses, que celebraron con demostraciones de júbilo. No cabe dudar que á no llegarles tan inesperado socorro, los franceses hubieran sido vencidos; porque los suizos se habian obstinado en aquel combate y se consideraban muy superiores al enemigo. Además ya entre los franceses se habia perdido la fuerza moral, puesto que vencia su impetuosidad aquella manera de pelear impasible y pertinaz que caracterizaba á los suizos.

El jóven rey francés quiso armarse caballero en conmemoracion de aquella importante victoria, y lo fué en él mismo campo de batalla por el que habia conquistado fama de valeroso, por Bayardo. Este cumplió todos los ritos y ceremonias del antiguo uso y despues de haber armado caballero á su rey dió un salto para levantarse y besó la espada del rey exclamando: «En verdad, espada mia, de hoy en adelante sereis guardada como una sagrada reliquia y honrada y venerada por haber dado hoy la orden de caballería á un rey tan poderoso que no os llevará nunca más que contra los turcos, los sarracenos ó los moros.»

En ninguna de sus partes habia de cumplirse la profecía de Bayardo como no quisiera entender que con ser guardada su espada como una reliquia, el rey Francisco no la habia de desenvainar sino rara vez.

3.—Por un momento los enemigos de Francia dejaron á este disfrutar de los frutos de su victoria permitiendo además que celebrase un tratado de paz con la Confederacion Helvética, en virtud del cual quedaba á los suizos prohibida la entrada de Italia á mano armada mediante el pago de 700,000 escudos. Esta paz firmada en Ginebra por ocho cantones helvéticos en noviembre de 1515 y aceptada un año despues por los cinco cantones restantes de la Confederacion, fué con motivo apellidada perpétua, puesto que duró tanto como la monarquía francesa, ó sea hasta la revolucion de últimos del siglo pasado.

El Jefe de la liga italiana contra Francisco I, ó sea el papa Leon X, se habia trasladado á Bolonia para recibir las condiciones del vencedor, las cuales consistieron en asegurar

al papado la posesion de Florencia con la condicion de abolir la pragmática sancion de Carlos VII, reemplazándolo por un concordato que ponía el clero de Francia bajo la directa autoridad del rey de los franceses. Leon X se reservó el derecho de las apelaciones á Roma en las causas mayores, con la condicion de que los jueces serian delegados y obrarian en el interior del reino francés, y en cambio renunciaba, en virtud del mencionado concordato á las reservas y gracias espectativas por medio de las cuales el solio pontificio tenia el nombramiento de muchos beneficios eclesiásticos, reconociendo en el rey el privilegio de disponer por sí solo de las dignidades eclesiásticas, no reservándose mas derecho que el de negar la investidura espiritual á los electos en los casos de indignidad canónica.

Con aquel concordato se demostraba que Francisco I reprobaba la doctrina de los prelados del concilio de Basilea en lo relativo á la superioridad de los concilios sobre la Santa Sede y restauraba el impuesto de las annatas ó sea renta de un año que todo sacerdote promovido á un pingüe beneficio tenia la obligacion de pagar al papa. De modo, pues, que se trocaron los papeles, puesto que al papado le correspondió lo temporal como era la percepcion de impuestos eclesiásticos, y al rey lo espiritual, como era la promocion ó el nombramiento de prelados.

No obstante la autoridad de los dos contratantes, el clero, las universidades y los tribunales de justicia reclamaron contra la anulacion de la Pragmática, que atacaba diversas prerogativas de algunas corporaciones y dignidades. El parlamento de Paris se negó á sancionar el concordato recién convenido, y algunos diputados fueron á ver al rey en Amboise para hacerle revocar el contrato. Mas el jóven monarca les contestó engreido todavía por los humos de sus victorias: «Soy el rey y quiero que se me obedezca; mañana llevareis mis órdenes á mi Parlamento de Paris.» Los diputados quisieron demorar la partida, esperando doblagar el primer ímpetu del soberano, y pretestaron para ello el rigor de

la estacion, el desbordamiento del Loira y otras futilidades; mas Francisco I replicó que «Si mañana antes de las seis no marchaban, mandaría arqueros que los prendiesen y los encerrasen por seis meses en calabozos.»

No cedió por de pronto el Parlamento, mas despues de dos años de resistencia y protestas y esplicaciones y disputas sancionó el nuevo concordato «por mandato espreso del rey.» Por último, pues, el clero quedó directamente sometido á la autoridad real, como lo estaba la nobleza desde el reinado de Luis XI y como lo estaba la burguesia desde mucho tiempo antes.

4.—La córte de Francia antes de Francisco I no habia ejercido sobre la nacion y aun sobre los pueblos extranjeros la influencia que nosotros los españoles mas tarde habíamos de deplorar. Pero desde aquel reinado empezó á ser el modelo y la norma de las otras córtes, á pesar de que Cárlos V llegó á dominar en toda Europa. En Italia Francisco pensó en reformar la severidad y etiqueta de sus predecesores introduciendo el arte y mas que el arte el refinamiento de la sensualidad y los placeres. Desde entonces se apoderó de él un prurito de distinguir y realzar á todos los hombres nacidos con el genio del arte y de la literatura. Varias leyendas falsas en el fondo han brotado del afecto y distincion con que trataba al gran pintor, poeta, arquitecto y mecánico Leonardo de Vinci. Al mismo tiempo queria al inmortal Rafael, cuyos cuadros recibia en su córte con el aparato de las pompas reales.

Francisco I decia de vez en cuando que una córte sin damas era un año sin primavera ó una primavera sin rosas, y para subsanar ese defecto, inventó fiestas y regocijos para atraer con su brillo las castellanas que hasta entonces habian permanecido olvidadas en algun rincon de sus castillos señoriales. Junto á la morada real se notaba un estrépito, una vida animada que desdecia mucho de la severidad anterior. Rara vez habia cerca de la córte menos de 6,000 caballos, y á veces pasaban de 18,000, perteneciendo todos á señores y damas que formaban el séquito real.

«Al principio, dice Mezeray hablando de esa novedad, produjo eso muy buenos efectos; puesto que el bello sexo trajo á la córte la elegancia y la cortesania, inspirando la generosidad á las almas bien nacidas. Pero luego se corrompieron rápidamente las costumbres; los empleos y beneficios se distribuyeron bien pronto al antojo de las damas, y ellas fueron causa de que dominaran los pensamientos é ideas mas inmorales en el gobierno.» Y lo que no se atreve á decir ese autor á pesar de que lo repiten muchos escritores contemporáneos es que la córte de Francisco I fué desde entonces una mansion de inmoralidad y desvergüenza, donde el libertinaje y el afan del placer decidian á veces contra obligaciones apremiantes del Estado. El lupanar de la prostitucion causa asco porque se comprende que allí no reina mas que una atmósfera del vicio descarnado; pero la córte de Francisco I despierta la mayor indignacion, porque el vicio servia allí para la consecucion de fines bastardos é innobles en detrimento del buen gobierno, de la buena administracion y del bien general ó del pueblo. Tres fueron las mujeres que ejercieron mas desastrosa influencia en dicha córte: la propia madre del rey, Luisa de Saboya, la condesa de Chateaubrian, hermana de Lautrec y la duquesa de Etampes que para perjudicar al Delfin en el concepto de su padre, llegó hasta el extremo de revelar á los enemigos de Francia los secretos de Estado.

5.—Mientras de tal modo progresaba el mal en la córte de Francia, mal que como hemos dejado traslucir fué de funestas consecuencias para la Europa entera, porque todas las córtes adoptaron aquel nuevo orden de cosas, bien que en menor escala casi todas; mientras tanto, decíamos, la paz parecia haber logrado un triunfo general, pues todos los pueblos de Europa gozaban de alguna tranquilidad, esceptuando principalmente á los turcos que amenazaban el imperio de Austria y varias otras regiones europeas.

Pero en 1516 murió Fernando el Católico, y aquella muerte fué el principio que habia de encabezar una era de guerras mas ó me-

nos espantosas. Carlos de Austria, que era ya rey de Castilla y de los Países Bajos, heredó el Aragon, Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña.

Con todo, Francisco I no pensó en declarar la menor oposicion al engrandecimiento de Carlos, antes bien firmó con él el tratado de Noyon (en 1516), que estipulaba entre los dos monarcas una alianza defensiva y ofensiva; mas la muerte de Maximiliano de Aus-

que empleó Enrique VIII de Inglaterra. Los príncipes electores creyeron que para dominar con fuerza y dignidad sobre los graves sucesos que amagaban á Europa, no habia monarca mas digno y poderoso que el rey de España Carlos I de España y Quinto de Alemania, á quien por otra parte asistian mas justos derechos á la herencia de Maximiliano, atendida la proximidad del parentesco y la nacionalidad. Además los príncipes electores



EL ALMIRANTE BONNIVET.

tria, ocurrida tres años despues, cambió por completo el cariz de las cosas.

6.—El monarca francés á quien á mas del afan de placeres dominaba la ambicion, entrevió en aquella muerte una nueva perspectiva de grandeza; esperó gracias á dicho accidente restaurar el imperio de Carlo-Magno, y creía que no tenia mas que pedir la corona imperial para que se la diesen. Sin embargo, inútiles fueron los raudales de oro que difundió para comprar los votos de los príncipes electores, como lo fueron tambien los medios

tenian mas confianza en Carlos que en otro cualquiera para hacer frente á los turcos que amagaban invadir la Europa, puesto que tenia puertos numerosos y buenos para hacer la guerra á las naves turcas que cruzaban el Mediterráneo robando y cautivando todo cuanto encontraban. El poder creciente, temible de los turcos influyó mucho en la eleccion de Carlos. De otra suerte es probable que el oro francés habria conseguido el triunfo.

Francisco I, confiado en que la eleccion recaeria en él, habia escrito antes á Carlos V

diciéndole que aunque los dos pretendían la misma cosa, serían amigos y aliados como antes quienquiera que fuera elegido. Pero al ver frustrados sus deseos, sintió un odio grande á su afortunado rival, á mayor abundamiento cuando comprendió la humillación que sería para él tener un vecino tan poderoso. Carlos V. tenía entonces el dominio de las principales comarcas de Europa y Fernando Cortés y Pizarro, le conquistaban una vastísima monarquía en el Nuevo Mundo. Solo le faltaba á Carlos la corona de Francia para ser el exclusivo y único señor verdadero de todo el antiguo continente.

7.—Quedaba, sin embargo, después de los dos rivales, otro soberano poderoso, aunque fuera del continente, de mucha autoridad en los negocios internacionales. Ese era Enrique VIII de Inglaterra, digno competidor de los dos que habían luchado con más empeño por alcanzar el grande imperio de Europa. Francisco I pensó en seguida en aliarse con ese soberano para poder tener á raya á su rival. Al efecto le ofreció espléndidas fiestas en el campo de la Bandera de Oro (*Drap d'or*) entre Guines y Ardres (7 de junio de 1520). En ellas gastó sumas enormes y obligó á sus cortesanos á que se arruinasen como él para halagar al monarca inglés. Mas este despreció toda aquella pompa y magnificencia, más propias para deslumbrar á un necio vanidoso que á un hombre formal, y prefirió tratar con Carlos V que á pesar de ser inmensamente más rico que Francisco, resolvió ir á avistarse con Enrique en Gravelines con una modestia y sencillez que contrastaba gráficamente con el boato y lujo de la corte francesa, dió una pensión al favorito ministro de Enrique, el cardenal Wolsey, y contrajo con Inglaterra una alianza que dejaba en el aislamiento á Francisco I.

8.—Viéndose este derrotado en diplomacia, creyó que sería más afortunado en la guerra, y sin pérdida de tiempo la provocó aprovechando las revueltas que habían estallado en Castilla. Hizo entrar en Navarra un ejército á las órdenes de Enrique de Albret que pretendía tener derechos á ella, y que en apa-

riencia era el único motor de aquella guerra con España. Lesparre que la mandaba en realidad bajo la autoridad de Enrique de Albret, se apoderó de Pamplona, donde fué herido un joven vasco llamado Ignacio de Loyola que de resultas de la herida renunció á las armas y más adelante fundó la orden de los jesuitas. También por bajo mano mandó Francisco I socorros á Roberto de la Marek, duque de Bouillon para que hiciera la guerra al emperador Carlos, y Roberto atacó el Luxemburgo.

No obstante, Carlos que no ignoraba la traidora participación del monarca francés en aquellas guerras, se dió prisa á sofocar las revueltas de España y aplastó á las tropas de Lesparre antes de que llegasen las tropas francesas que Francisco proyectaba echar sobre Carlos cuando le viese comprometido ó envuelto en las guerras. Por otra parte, el conde de Nassau, general del rey de España, se hizo dueño fácilmente del ducado de Bouillon, invadió la Champaña, se apoderó de Monzon y avanzó victorioso hasta Mezieres. Los franceses querían primero pegar fuego á esta ciudad para desocuparla sin cederla á los españoles; mas Bayardo se propuso defenderla á todo trance, y por lo tanto se levantó contra ella un sitio en toda regla. Unos cinco mil cañonazos se dispararon contra la plaza en el espacio de dos días, empleándose por vez primera las bombas y los morteros que más adelante habían de tener aplicación general en los sitios de los fuertes. Muchos de los soldados franceses huyeron despavoridos. «Mejor, dijo Bayardo, semejante canalla no era digna de alcanzar honra con nosotros.» Después de tres semanas de esfuerzos en que los sitiados sufrieron pérdidas considerables, los españoles levantaron el sitio, porque Carlos V prefería atacar á su rival en Italia, de donde le convenía arrojar sus tropas.

9.—El general francés Lautrec que mandaba en el Milanesado, había irritado á todo el mundo por su dureza y rapacidad. Sin duda se creía apoyado por altas influencias en la corte francesa para proceder con tanta maldad, y principalmente por su hermana la



condesa de Chateaubriand. Los españoles le arrojaron de Parma, Placencia y hasta de Milan, á cuya presencia huía como azorado. Además trabajo le costaba retener á sus banderas las tropas suizas á las cuales no podia pagar. Francisco I le habia prometido 400,000 escudos para su sueldo, mas la duquesa de Angulema, irritada contra la condesa de Chateaubriand, hermana de Lautrec y querida del rey, se habia hecho entregar por el superintendente Semblansey, las cantidades destinadas á los suizos. Calcúlese por este ejemplo hasta donde habia llegado la corrupcion de la córte de Francia.

Cansados los suizos de esperar, pidieron con urgencia dinero ó el despido ó entrar en batalla. Lautrec los llevó al ataque de Bicoca á siete kilómetros de Milan (22 de abril de 1522), y trabaron una lucha pertinaz con los españoles que á pesar de los repetidos y heroicos ataques de los suizos, los rechazaron por tres veces consecutivas obligándoles por último á retroceder y huir á su patria. Desde aquel punto Carlos V se encontró dueño del Milanésado. Lautrec se fué á Francia y se quejó amargamente de no haber recibido los escudos prometidos para sueldo de los suizos. Mandóse practicar una informacion, y el superintendente á quien la madre del rey habia hecho sustraerle el recibo de la suma, quedó en descubierto sin poderse justificar á pesar de sus protestas de inocencia, y aun le perdió el acusar á la verdadera culpable: cinco años despues murió ahorcado (1527).

10.—Francisco I pretendia reparar sus pérdidas tomando una parte mas activa en la contienda; pero acaso no dudaba que habiendo introducido en su córte los principios de la mayor corrupcion, se perderia en todas las empresas en que hubieran de intervenir algunos de sus cortesanos. Apenas pues pensaba en marchar contra Carlos con 25,000 hombres, estalló una conjuracion en su reino que á tener mejor éxito habria destruido por completo el poder de Francisco I. Asegurado Carlos del nuevo papa Adriano VI su antiguo preceptor, del rey de Inglaterra que le prometió desembarcar en Picardia cuando fuese

menester, atrajo á su causa un poderoso aliado perteneciente á la corte misma del rey de Francia, el condestable de Borbon. Los vastos dominios de este príncipe, que comprendian la Marca, el Borbonés, Auvernia, el Forez y el Beaujolais, tentaron la codicia de Luisa de Saboya que consintió en casarse con él á fin de compartirlos. Mas una vez casados, el condestable se negó á darle la menor participacion, por lo cual se declararon la mayor enemistad, y ella se puso de acuerdo con el canceller Dupart, para atacar una donacion por medio de la que el condestable tenia la mitad de sus bienes. Este perdió el proceso, y Carlos V, que conocia todas las intrigas de la corte francesa y sabia que la ambicion dominaba al condestable, aprovechó su descontento y la injusticia que con él se acababa de cometer para hacerlo de su partido. Prometióle además de la integridad de sus posesiones el Delfinado, la Provenza y el Lionés, erigiendo su nuevo señorío en monarquía. Salió el condestable para acudir á su punto destinado y penetró en Alemania poco antes de realizarse la triple invasion de Francia.

11.—Entraron en Francia 25,000 españoles por la parte de Guyena, los cuales encontraron un ejército francés al mando de Lautrec quien no pudo arrojarlos del país por mas que les impidió apoderarse de Bayona.

Por el Franco Condado y la Champaña penetraron 12,000 alemanes que se apostaron á la orilla derecha del Mosa; y por último los ingleses en número de 35,000 invadieron el norte de Francia llegando á corta distancia de París. Esos tres ejércitos tenian por objeto principal imposibilitar á los franceses de aumentar [su ejército de Italia compuesto de 40,000 hombres de tropas escogidas al mando de Bonnivet.

12.—Este general en jefe pagado de su valor personal y del poderoso ejército que mandaba, creia poder dar pronto cuenta de sus enemigos, sin contar que tenia que habérselas con tropas mas buenas que las suyas, con los españoles, aguerridos y mandados por muy espertos generales. Estos se habian fortificado en Milan y en vano hubiera alcanza-

do Bonnavet apoderarse de aquella ciudad. Al mismo tiempo pudieron reunirse el virey de Nápoles y el condestable de Borbon. Viéndose tan estrechado Bonnavet retrocedió hacia Biagraso por el Tuicinella comprometiendo á Bayardo en Rebecco, y viéndose obli-

quedando muerto á los pocos momentos en el campo de batalla y abandonado por los suyos que no cuidaban mas que de huir desesperadamente á Francia.

13.—Esta derrota y mayormente la muerte de Bayardo dejaban la entrada libre de Fran-



MARGARITA DE VALOIS.

gado á retroceder mas y mas si no queria verse incomunicado con Francia. Retiróse por el Sesia, mas con tanto desorden y pérdidas, que hasta él mismo fué herido gravemente al vadear aquel rio cerca de Romañano.

Bayardo que mandaba la retaguardia fué aun menos afortunado, puesto que recibió varias heridas en la espalda y en los riñones

cia; por lo cual Borbon atravesó la frontera francesa apoderándose sin grandes obstáculos de toda la Provenza á escepcion de Marsella que se hallaba muy fortificada. Por espacio de cuarenta dias sostuvo el sitio hasta que tuvo noticia de que el rey de Francia con un poderoso ejército de 8,000 caballos, 35,000 infantes y una numerosa artillería se acercaba á marchas forzadas. Mandó levantar el

sitio y encaminarse á los Alpes (Agosto de 1524) á donde le siguió Francisco I creyendo que las tropas imperiales se encontraban desmoralizadas.

14.—Avanzó Francisco I sin encontrar obstáculos, y se apoderó de Milan sin disparar un tiro. Mas de poco le sirvió ese fácil triunfo; no tardó en sufrir una derrota que

6,000 españoles mandados por el valeroso y resuelto D. Antonio de Leiva.

El día 25 de febrero de 1525, fué el día de la batalla: la artillería francesa rompió el fuego con grande animacion y estruendo. Creíanse los franceses haber vencido ya, y el rey dió orden de cargar sobre el enemigo; pero la infantería española acometió con mas



MONSIEUR DE LAUTRAC.

comprometió su vida y su trono. Dueño ya de Milan destacó un cuerpo de 10,000 hombres para que emprendiese la reconquista de Nápoles, en tanto que él pondría sitio á Pavia. Pero Borbon que solo habia retrocedido para correr en busca de socorros, entró en Italia con 12,000 alemanes de refresco. Reunióse con Pescara y Lannoy, virey de Nápoles, y los tres se encaminaron á Pavia, cerrando al ejército de Francisco I entre ellos y la ciudad que contenia una guarnicion de

arrojo, precipitándose sobre los cuerpos suizos que eran los mas peligrosos, al tiempo que Don Antonio de Leiva salia de la plaza con los suyos y cortaba la retirada al enemigo. La confusion del campo francés fué desde aquel momento indescriptible: los españoles no cesaban de atacar con el mismo ardor y en torno de Francisco I enteramente derrotado por los enemigos, caian sus mas entendidos generales y capitanes: la Tremouille, la Paliza, Bonnivet, cayeron acribillados de

heridas y hasta el mismo rey tuvo que defender su vida luchando como simple soldado, hasta que fué reconocido y hecho prisionero.

Como quiera que los franceses al hablar de España lo hacen en general con soberano desden, pasando por nuestros triunfos con la misma ligereza que por sus desastres, daremos mas estensa narracion á la famosa batalla de Pavia, entresacando algunos párrafos del clásico y eminente historiador Don Modesto Lafuente, que hablando del sitio de dicha ciudad se espresa en los términos siguientes:

«Comenzó el monarca francés por tomar y guarnecer todos los lugares vecinos á Pavia, y por cercar la plaza con fosos y vallados. Despues de batida unos dias con su artillería, mandó dar un asalto (7 de noviembre), que costó la vida á los que le intentaron, contándose entre los muertos monsieur de Longueville. Al otro dia jugaron todas las piezas por espacio de siete horas sin interrupcion; contestaban los de dentro con su artillería y arcabucería, y con el estruendo de uno y otro campo parecia hundirse el mundo. Las brechas causadas por las baterias francesas eran instantáneamente reparadas por los sitiados, siendo Antonio de Leiva el primero á dar personal ejemplo de actividad, de arrojo y sufrimiento á soldados y habitantes. En los muchos combates que en los siguientes dias se dieron, perecieron tantos franceses, que el rey Francisco ordenó que se suspendieran para ver de emplear otros medios y recursos. Uno de ellos fué el de torcer con muchas estacadas el curso del Tesino que defendia la ciudad por un lado; mas cuando ya estaba casi terminada la obra, sobrevinieron tan copiosas lluvias, que la corriente arrastró todas las estacadas y reparos. Hizo tambien destruir los molinos de ambas riberas; pero el general español, previendo este caso, habia hecho construir molinos de mano suficientes para las necesidades de la poblacion. No teniendo con que pagar los soldados, los repartió por las casas imponiendo á los vecinos la obligacion de darles de comer: y á fin de que no faltase moneda, al menos para los tudescos,

que eran los mas impacientes, recogió toda la plata de los templos, y la hizo acuñar con un letrero que decia: *Los cesarianos cercados en Pavia, año 1524,*

Poco menos cercados que ellos los imperiales que con Lannoy y Pescara permanecian en Lodi, fortificándose lo mejor que podian, pero sin atreverse á separarse una legua de aquel punto, parecian tan ignorados de todos, que en la misma Roma se fijó un pasquin diciendo: «*Cualquiera que supiere del ejército imperial que se perdió en las montañas de Génova, vengalo diciendo, y darle han buen hallazgo: donde no, sepan que se lo pedirán por hurto, y se sacarán cédulas de excomunion sobre ello.*» Mas no tardaron en dar señales de vida los que parecian muertos ó se pregonaban por perdidos.

«Tenia el marqués de Pescara preparada una sorpresa, que ejecutó de una manera admirablemente ingeniosa. Un dia al anochecer llamó á todos los capitanes de infantería y les mandó que sin ruido ni toque de tambor, ni de trompeta recogiesen toda la gente en el castillo. A las nueve de la noche se presentó él en la fortaleza, el país se hallaba cubierto todo de nieve (eran los últimos dias de noviembre). Hizo el marqués que los soldados españoles, hasta el número de dos mil, se pusiesen sus cámisas blancas sobre la ropa exterior. Mandó bajar el puente levadizo, y ordenó á los soldados que fueran saliendo por una puertecilla estrecha que daba al campo. Nadie sabia el objeto de la maniobra, mas como todos se agolpasen para seguir á su general donde quiera que fuese. «*Salid despacio, hijos,* les decia el marqués; *que para todos habrá en el despojo; porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar, el de Francia, el de Navarra y el de Escocia.*» Luego que hubo salido toda la gente, quedando solo la necesaria para la guarnicion del castillo, el marqués de Pescara comenzó á marchar delante de todos, llevando consigo al del Vasto. Con la nieve y el lodo se les desprendia á los soldados el calzado, pero todos seguian sin dar la menor señal de disgusto al ver á su jefe delante.

Faltarían como dos horas para amanecer cuando se detuvieron un tanto atemorizados al ver que tenían que vadear un río. El marqués hizo colocar á la parte superior una hilera de caballos para que quebrantaran la corriente; se metió el primero en el agua medio helada que le llegaba á la cintura, y su ejemplo y dos solas palabras de animación bastaron para que ningún español vacilara en seguirle. Continuaron todos marchando á pié, hasta que al apuntar el alba llegaron cerca de los muros de Melzo, que era la plaza á que solos los jefes sabían y los soldados hasta entonces ignoraban que se dirigían. Melzo está á las cinco leguas de Lodi, y mas cerca de Milan. Con el silencio que guardaban los imperiales oyeron que uno de los centinelas del muro le decía á otro: «*No se que cosas blancas veo moverse hácia aquella parte.—Serán,* contestaba el otro centinela, los árboles nevados que se menean con el viento.»

«En esto se oyó dentro de la población el sonido de un clarín que tocaba á montar. Entonces el de Pescara se volvió á su gente, y dijo con mucho donaire: «Razon es, amigos, pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes vayamos á calzarles las espuelas.» Y alentándolos á escalar el muro cruzando el foso con el agua al pecho, él y el marqués del Vasto delante siempre, comenzaron los españoles á porfía á trepar la muralla apoyándose en las picas. Luego que hubieron subido varios, abrieron una puerta, por donde fueron entrando los demás en tropel á los gritos de ¡*España y Santiago!* que se confundían con los toques de las trompetas que sonaban en la plaza. El capitán de los de Melzo, Gerónimo Tribulcis, se encontró con el español Santillana, alférez del capitán Ribera, y cuyas hazañas no había en Italia quien no conociera. Rindió Santillana al conde Gerónimo Tribulcis despues de haberle herido mortalmente. Los demás fueron cogidos en la plaza y en la iglesia, muriendo pocos, pero sin escapar ninguno. Inmediatamente dispuso Pescara regresar á Lodi por el mismo camino, con los despojos, los caballos

y los prisioneros de Melzo, á los cuales dejó pronto ir libres donde quisieran, para enseñar al rey de Francia cómo trataba él á los prisioneros, y ver si avergonzándole con este ejemplo templaba la rudeza y mal trato que usaba con los españoles que caían en su poder.

«A los pocos dias recibió el marqués de Pescara un mensaje del rey Francisco, diciéndole que le daría doscientos mil escudos porque saliese á darle la batalla. «*Decid al rey,* contestó el de Pescara al mensajero, *que si dineros tiene, que los guarde, que yo se que los habrá menester, para su rescate.*» No tardó en verse que lo que pareció solo una jactancia había sido una profecía. Cuando se supo en Roma la aventura de los encaminados, se puso otro pasquin que decía: «*Los que por perdido tenían el campo del Emperador, sepan que es parecido en camisa y muy helado, y con doscientos hombres de armas, presos y otros tantos infantes: ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?*»

«Entretanto continuaba el sitio de Pavia, sin que apenas hubieran adelantado nada los franceses, gracias á la entereza, á las enérgicas medidas y al indomable valor de Antonio de Leiva. Sin embargo, todo el mundo opinaba que la plaza tendría que rendirse por falta de recursos, y porque Francisco I dominaba todo el país con un ejército brillante de cincuenta ó sesenta mil hombres. El papa Clemente VII, con color de ser medianero entre Carlos y Francisco, enviaba emisarios al rey de Francia y al campo de los imperiales, para que se informaran de las fuerzas y de las probabilidades de triunfo de cada uno, para decidirse en favor de quien mas viera convenirle, y entreteniéndolo á unos y otros con buenas palabras, concluyó por favorecer con capa de neutralidad al francés, envolviendo en la misma conducta á la república de Florencia, y privando así al emperador de sus mas importantes aliados.

«Afortunadamente esta misma confianza inspiró á Francisco I la loca idea de distraer su ejército en expediciones imprudentes, enviando al marqués de Salluzzo á reconocer á

Génova, y al duque de Albany con diez mil hombres á Nápoles, expedición que consideró el virey Lannoy tan poco peligrosa, que no quiso destacar un soldado para impedirle, diciendo: «la suerte de Nápoles se decidirá ante los muros de Pavía.» En todo esto no hacía Francisco sino seguir como antes las inspiraciones de su favorito Bonnivet, menospreciando los consejos de La Tremouille, La Paliza y otros generales veteranos en la guerra de Italia; los cuales se asustaban de verse colocados entre el ejército imperial y la guarnición de Pavía, é instaban al rey á que renunciara al sitio. Pero el rey caballero juró morir antes de abandonarle, porque como decía Bonnivet: «*Un rey de Francia no retrocede nunca delante de sus enemigos, ni abandona las plazas que ha resuelto tomar.*» Pronto iba á pagar la Francia entera la presunción y las imprudencias y locuras de su rey.

«Mientras él había desmembrado de este modo sus fuerzas en expediciones insensatas, el duque de Borbon entraba en Lombardia con los doce mil lansquenets reclutados en Alemania con el favor del infante don Fernando, hermano del emperador, y se incorporaba á los imperiales en Lodi (enero, 1525). La mayor dificultad para los imperiales, y especialmente para la guarnición de Pavía, era la extrema escasez de víveres, de dinero y de municiones. Los tudescos, que constituían la mayor parte y eran los menos sufridos, amenazaban entregar la ciudad, y solo la sagacidad y firmeza de Leiva pudieron impedir una rebelión. En este conflicto, y con noticia que del apuro tuvieron Lannoy y Pescara, discurrieron cierto arbitrio para enviar algún socorro á los de Pavía, de que merece darse cuenta.

«Dos intrépidos españoles, el alferez Cisneros y su amigo Francisco Romero, se encargaron de esta peligrosa comisión, ofreciéndose el primero á cumplirla con tal que le indultaran de la muerte que había dado á un soldado, y por cuyo delito andaba prófugo. Puestos de acuerdo los dos, convinieron con el marqués de Pescara en que irían al campo

francés y fingirían querer ponerse al servicio del rey Francisco por las causas que llevarían estudiadas: dos labradores del país, de su confianza, que irían á los reales franceses á vender ciertos víveres, llevarían cosidos á sus jubones los tres mil escudos que se quería enviar á los de Pavía, y con ellos se entenderían para tomar el dinero y meterse con él en la playa cuando viesen ocasión. Con esto los dos soldados se pusieron las bandas blancas que distinguían á los franceses, y pasaron como tales por los puestos enemigos hasta llegar al real, donde tuvieron medio de presentarse al rey Francisco y ofrecerle sus servicios, que el monarca recibió con mucho beneplácito, y mas cuando manifestaron no querer recibir sueldo hasta acreditar que sabían ganarlo. En este concepto sirvieron varios días, y aun pelearon como si fuesen franceses con los de la plaza, siempre estudiando una ocasión y entendiéndose con los labriegos vendedores. Cuando creyeron llegada aquella, con pretexto del frío cambiaron sus jubones por los de los labriegos en que estaban los tres mil escudos, diciéndoles al oído: «Si mañana antes del medio día oís tres cañonazos en la plaza, id á Lodi y decid al marqués de Pescara que el socorro está en poder de Antonio de Leiva; sino los oís, decidle que hemos muerto.» Hecho esto, tomaron sus alabardas, se dirigieron de noche á una mina, degollaron á los dos centinelas que guardaban su entrada y salieron cerca del muro de Pavía: á los de la plaza que se asomaron al ruido les hablaron en español pidiendo seguro, y como no eran mas que dos, el capitán Pedrarias no tuvo dificultad en permitirles la entrada. Al día siguiente, tres estampidos de cañón en Pavía anunciaron á los labradores que los tres mil escudos habían llegado á manos de Leiva, y ellos corrieron á llevar la noticia á los imperiales de Lodi. Con aquel socorro Antonio de Leiva pagó á los imperiales tudescos y uno de sus capitanes, de quien todavía desconfiaba, murió envenenado: borron que sentimos hallar en la vida del valeroso defensor de Pavía.»

«Dado el rey Francisco á los rasgos caba-

llescos y confiando en tanta y tan buena gente como tenia, envió otro reto al marqués de Pescara ofreciéndole veinte mil escudos y dándole el plazo de veinte dias para que se presentase á dar la batalla, y que si dejaba de

dos, los guardara para una ocasion que esperaba habia de venir. A esto respondió La Tremouille á nombre del rey, que era contento de salir con otra tanta gente, 'á condicion que los fosos de una y otra parte fuesen



ANA BOLENA.

hacerlo por no tener tanta gente como él, se comprometia á que fuesen tantos á tantos. Contestóle Pescara que estaba pronto á ello con el consentimiento que ya tenia de su general en jefe el virey de Nápoles, y que dentro de diez dias juntaria hasta diez y ocho mil hombres, con los cuales pelearia en campo igual; y que respecto á los veinte mil escu-

allanados, pero que le aseguraba que con la gente de Pavia no esperara juntarse aunque el plazo fuera mas largo. En fé de lo cual lo firmaba con su nombre y lo sellaba con su sello (13 de enero, 1525).

«Preparáronse, pues, Lannoy, Pescara y Borbon á levantar el campo y á dar la batalla que tenia en espectacion á todo el mundo,

de la que dependía la suerte de Italia y de Francia, y que iba á decidir la preponderancia de uno de los soberanos rivales. La gran dificultad era la falta absoluta de dinero para pagar por lo menos á los alemanes, que sin esto no se esperaba poderlos reducir á que se moviesen. En tal apuro el marqués de Pescara juntó una tarde á todos los capitanes de la infantería española, y en una enérgica plática les espuso la condicion de los tudescos y el conflicto en que con ellos se veía; que no solamente no había sueldo que poderles dar, pero ni esperanza de recibir dinero de España ni de Nápoles, teniendo los franceses interceptados todos los caminos; que él mismo había mandado empeñar ó vender sus estados de Venecia, pero que nadie se había atrevido á realizarlo por temor á los franceses; que los jefes estaban prontos á dar todo su dinero, pero que esto era muy insuficiente recurso para tan gran necesidad. Así pues, los exhortaba y pedía que en tan solemne ocasion dierran al mundo un brillante ejemplo de desprendimiento y patriotismo, ejemplo que seria tan glorioso á España como á ellos mismos que tenían la fortuna de haber sido puestos allí por el mayor monarca del mundo para sostener su poder, renunciando su propio salario, y lo que era mas, dando cada cual una parte del dinero que tuviese para pagar á los alemanes: que bien se hacia cargo de que les proponía una cosa nueva y nunca vista, pero que hartos se indemnizarían luego con el gran botín que tras la victoria les esperaba». Por tanto, concluyó diciendo, yo os ruego que me respondais lo que pensais hacer en todo.»

«La respuesta de los soldados españoles, despues de dar gracias á su digno general por la mucha estima que de ellos hacia, fué que no solo se prestaban gustosos á marchar al combate sin paga, aunque tuvieran que vender las camisas para comer, sino que darian á los tudescos ochenta de ciento ó seis de diez segun lo que cada uno tuviera. Con lágrimas de placer oyó tan generosa contestacion el de Pescara, se procedió á recoger los dineros con su cuenta y razon, llevada por el conta-

dor del ejército, y se recaudó lo bastante para dar á cada tudesco un ducado de socorro.

Al dia siguiente se hizo un llamamiento general á todas las tropas, y en la mañana del 24 de enero, encomendando al duque de Milan el gobierno y la guarda de Lodi, se desplegaron banderas y se movió el campo con gran ruido de trompetas y tambores.

Llevaba la vanguardia con la caballería ligera el marqués de Santángelo, caballero griego, gran servidor del emperador y muy estimado como guerrero. Seguía el virey Carlos de Lannoy, general en jefe de todo el ejército, con su rey de armas delante y las insignias de su dignidad. El duque de Borbon con setecientas lanzas y muy lucida gente de armas. El marqués de Pescara, acompañado de su sobrino el del Vasto, con seis mil infantes españoles. Seguía un escuadron de gente italiana, cuatro malas piezas de bronce y dos bombardillas de hierro, que era toda su artillería, y á retaguardia un escuadron de tudescos muy bien provistos de hermosas picas. Aquella noche se alojaron en Marignano, lugar gloriosamente célebre para Francisco I, por haber ganado en él en 1515 la famosa victoria contra los suizos, que se llamó *El Combate de los Gigantes*. De allí torciendo á la izquierda camino de Pavía, se detuvieron á combatir la villa fortificada de Santángelo, siendo el marqués de Pescara el primero que despues de abierta la brecha entró al grito de ¡España! abrazada la rodela en que llevaba pintada la muerte. Tomado y saqueado el lugar y hecha prisionera su guarnicion, movióse al dia siguiente (30 de enero) el ejército imperial hasta ponerse cerca del francés, y dando vista á Pavía.

Saludaron los franceses la aproximacion de los imperiales con una salva de cincuenta cañonazos. El rey Francisco reunió su consejo de generales para resolver lo que deberia hacerse. Los más, opinaron que atrincherase en algun punto bien defendido, esperando que la falta de recursos y la desesperacion acabarian por disolver el ejército enemigo sin necesidad de combatirle. Pero Bonnavet,



que parecia hombre destinado á perder la Francia con sus consejos, insistió en que se diera el combate, representando el mal papel que hacia un rey de Francia retirándose á la vista de un enemigo inferior en fuerzas. El marqués de Pescara tomó el sistema de reposar de dia é incomodar á los franceses todas las noches con rebatos, alarmas y falsos ataques que no los dejaban descansar. Así los tuvo cinco ó seis noches seguidas, hasta que llegaron á no inquietarse por aquellas aparentes embestidas, y cuando conoció que estaban ya desapercibidos por lo confiados, una noche los acometió de veras, penetró dentro de sus bastiones hasta su plaza principal de armas, mató mucha gente, recogió algun botin, y se volvió á salir con sus pocos españoles sin perder apenas un soldado. Estas acometidas las repitió algunas noches. Ya con esto empezó el monarca francés á temer aquellos mismos á quienes con tanta arrogancia habia retado, y á fortificarse mas y escusar la batalla, esperándolo todo de la falta de víveres y de dinero, así en el campo imperial como en Pavía.

En efecto, la escasez en el campo de los españoles llegó á ser tal, que no solo faltaba al soldado lo indispensable para el sustento de la vida, sino que no habia de donde ni por donde pudiera venirles, y en vano se destacaban gruesas partidas á buscar qué comer, pues volvian desfallecidos sin encontrar ningun género de vianda. En tal estado se celebró consejo general de capitanes. Los unos proponian ir á Cremona, donde hallarian vituallas, los otros dirigirse á Milan, y los otros marchar sobre Nápoles. Acudió entonces el marqués de Pescara á los recursos de su enérgica oratoria, que nunca habian dejado de ser eficaces, y les dijo: «Hijos míos, no tenemos mas tierra amiga en el mundo que la que pisamos con nuestros piés; todo lo demás es contra nosotros: todo el poder del emperador no bastaria para darnos mañana un solo pan. ¿Sabeis donde le hallaremos únicamente? En el campo de los franceses que veis allí. La otra noche en la entrada que hicimos pudisteis ver la abundancia de pan, de vino

y de carne que habia, y de truchas y carpiones del lago de Pescara, y de los otros pescados para mañana viernes. Por tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener que comer, vamos á buscarlo allí; y si esto no os parece bien, decídmelo para que yo sepa vuestra voluntad.»—«Esto es lo que deseamos, contestaron á una voz los soldados, y no debeis pedirlo con lágrimas, sino decirlo con regocijo, y no lo dilateis mas, que cada hora se nos harán mil años.»

«Aquella misma noche dió el marqués á todos los cuarteles la órden siguiente: que todos se vistieran la camisa sobre el uniforme; que los que tuvieran mas de una, les dieran las otras á los tudescos; que los demás se hicieran capotillos de las sábanas y de las tiendas, y sombreretes blancos de papel los que pudiesen para que fueran todos conocidos; y que á una hora dada pusieran fuego á los pabellones y chozas, para que los franceses pensaran que huian y salieran de sus fuertes. Hecho todo así, movióse antes de amanecer y se puso en marcha el ejército. Avisado el rey Francisco de la grande hoguera que se veia en el campo de los imperiales, «eso es que huyen, respondió; preparar las armas para cuando venga el dia, y los seguiremos hasta desbaratarlos ó arrojarlos de todo el estado de Milan.» Cuando asomó el alba, ya los imperiales habian derribado parte de la tapia de un parque que habia delante de Pavía, y colocándose en él viendo todo el campo de los franceses. Ordenados los escuadrones, y cuando el sol comenzaba á resplandecer, se divisó á la izquierda el grande ejército francés, en el cual iba el rey Francisco en persona, acompañado del príncipe de Escocia y del príncipe Enrique de Albret de Navarra, el duque de Alenzon, cuñado del rey, el almirante de Francia Bonnavet, el señor de La Paliza, el virey de Borgoña, y otra multitud de príncipes y altos personajes, «tan aderezados de armas y atavíos que lo de los nuestros, dice el autor de la relacion, era muy gran pobreza.» El ejército que mandaban era tan numeroso, que al decir del mismo testigo ocular, «apareció estar allí

todo el mundo junto.»—«¿Pensais, les dijo el marqués de Pescara á los suyos, que es poca arrogancia la de estos borrachos, que

ardor fué el que se propuso inspirarles el de Pescara con aquel dicho.

«Jamás, dice un historiador inglés, llegaron



CÁRLOS QUINTO EN LACORTE DE FRANCISCO I.

han hecho al rey de Francia dar un bando para que no dejen un español en vida, so pena de perder la suya? ¿Si creerá que nos tiene las manos atadas?» Al oír esto bramaron los españoles en coraje, y juraron morir antes que rendirse, y no dar á nadie cuartel; y este

á las manos dos ejércitos con mayor furor, jamás se vieron soldados mas animados por la rivalidad, por antipatía nacional, por ódio, y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta su mayor grado. Por una parte se veía á un soberano valeroso y jóven



## CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

---

La HISTORIA GENERAL DE FRANCIA constará precisamente de unas 300 entregas de ocho páginas en fólío, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado. Las que pasaren de este número serán de regalo para nuestros favorecedores.

La adornarán unos 2,000 bellísimos dibujos, entre láminas sueltas, grabados intercalados, portadas, retratos, etc., y una coleccion especial de láminas de gran tamaño, que representarán los sucesos más memorables de Francia y las cuales podrán reunirse formando un hermoso album ó encuadernarse con la obra.

Todas las láminas, dibujadas por los más renombrados artistas, como Gustavo Doré, Philipoteaux, Fath, etc., serán de REGALO para los suscritores á la presente historia.

Los que no siendo suscritores quierán hacerse con la coleccion de láminas sueltas que daremos durante la publicacion, pagarán por cada lámina de gran tamaño cuatro reales y por cada una de fólío un real y medio.

La entrega costará tan solo

**un real en toda España.**

Se repartirán con toda puntualidad dos entregas cada semana.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

---

BARCELONA: En la administracion de la «Enciclopedia ilustrada», calle del Cármen, números 30 y 32, en la «Ilustracion», Mendizabal, 4, y demás centros de suscripcion y principales librerías,

FUERA: En casa de nuestros corresponsales, en todos los centros de suscripcion y librerías españolas.

Los que quieran suscribirse directamente podrán mandar nota á D. Francisco Nacente administrador de la «Enciclopedia ilustrada», remitiéndole por adelantado en sellos de correo ó libranza, á lo menos el valor de veinte entregas, el cual deberán renovar antes de mandarle otras.